



Ricardo Monreal

Reforma electoral: fortalecer la democracia

Hoy el mundo atraviesa una etapa de profundas tensiones. Conflictos armados en distintas regiones, disputas comerciales entre potencias, reconfiguración de bloques geopolíticos y una acelerada transformación tecnológica están redefiniendo el orden internacional.

En ese contexto de inestabilidad, la fortaleza interna de los países se vuelve su principal escudo. Y la de una nación democrática comienza por la solidez de sus instituciones.

México no es ajeno a esto. Las guerras no sólo involucran a quienes participan directamente en ellas; repercuten en los mercados energéticos, en las cadenas de suministro, en la migración y en la estabilidad financiera global. En un entorno así, la cohesión política interna deja de ser un lujo y se convierte en una necesidad estratégica para la vida interna de un país.

La reforma electoral que estamos por discutir en el Congreso debe entenderse bajo esa perspectiva histórica. No es únicamente un ajuste técnico ni disputa partidista; es una oportunidad para actualizar el sistema democrático mexicano frente a un mundo que cambia con rapidez. Cuando las reglas electorales son claras, confiables y legítimas, el país proyecta estabilidad. Y la estabilidad institucional es un activo geopolítico.

Las democracias fuertes resisten mejor las crisis externas. Cuando las instituciones electorales de un país son cues-

tionadas o percibidas como distantes de la ciudadanía, se abre espacio a la polarización y al debilitamiento del consenso social. En tiempos de tensión internacional, la fragmentación y división interna son los mayores riesgos.

Fortalecer la democracia implica ampliar la participación ciudadana, garantizar transparencia en el uso de recursos públicos, revisar estructuras que puedan haberse burocratizado y asegurar que los órganos electorales respondan a principios de eficiencia y austeridad sin sacrificar su autonomía. Modernizar no significa debilitar, sino adaptar.

El contexto global ofrece lecciones claras. En diversas regiones del mundo, la falta de legitimidad electoral ha sido el detonante de crisis políticas profundas. La desconfianza en los resultados de comicios puede escalar rápidamente en entornos donde la información circula a velocidad digital y las narrativas externas influyen en la opinión pública. Por ello, blindar el sistema democrático es también proteger la soberanía.

México, como potencia media, con una economía integrada a América del Norte y con creciente relevancia en cadenas globales de producción, necesita enviar señales de certidumbre. El nearshoring, la inversión extranjera y la cooperación internacional encuentran terreno fértil en países donde las transiciones de poder son pacíficas y previsibles. Una reforma electoral sólida refuerza esa percepción.

Además, en un mundo donde los conflictos bélicos desplazan poblaciones y tensionan fronteras, la legitimidad democrática fortalece la posición diplomática del país. Un Estado con instituciones robustas puede mediar, dialogar y construir acuerdos desde la autoridad moral que otorga el respaldo ciudadano.

La democracia no es estática. Evoluciona conforme cambian las realidades sociales y tecnológicas. Las redes sociales, la inteligencia artificial y la hiperconectividad exigen marcos regulatorios que aseguren equidad en la competencia política y combatan la desinformación sin restringir libertades. Actualizar el sistema electoral es parte de esa tarea.